

Reportaje

Alianza terapéutica: la importancia de lo espiritual

FRANCISCO ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

De Humanizar N° 104, mayo-junio 2009

Hoy esta metáfora es moneda corriente. Se usa prácticamente en todos los foros: en el campo de la bioética y de la política, en la medicina y en la antropología, en psicoterapia y psiquiatría; en la Pastoral y en la relación de ayuda. Es sugestiva, se presta a varias interpretaciones, lo cual en estos tiempos tan plurales no deja de tener sus ventajas.

Nació en el seno de la psiquiatría, y, en su acepción básica, significaba la relación consensuada entre profesional y paciente, reconociendo la influencia de uno y otro en la consecución de los objetivos terapéuticos.

Con el tiempo la expresión ‘alianza terapéutica’ se ha abierto como un gran abanico. A ese ensanchamiento conceptual han contribuido no pocos factores. En el campo de la medicina, ha sido determinante la «recuperación del sujeto» (V. von Weizsacker), gracias a la «rebelión del sujeto» (P. Lain Entralgo). La medicina no puede ser una ciencia de la naturaleza que trata al cuerpo como objeto prescindiendo del cuerpo vivido; es decir, del sujeto y, por tanto, de su biografía.

La «alianza terapéutica», por otro lado, asienta sus raíces en una visión integral u holística de la salud. Ésta, como la medicina, no puede ser considerada únicamente como un dato de la naturaleza. Además de su soporte biológico y biofísico (como es evidente) posee una estructura personal; es decir, abarca todas las dimensiones de la persona: física, psíquica, mental, social, relacional, espiritual, ambiental.

Así contemplada, la salud no es objeto de una sola disciplina. No es monopolio de ninguna profesión. Los recursos para promoverla, cuidarla y recuperarla son múltiples y muy variados. Además de responsabilidad individual es tarea colectiva. Al mismo tiempo que concreta como el pan, es compleja, inabarcable, en buena medida “incontrolable”. Está ligada a innumerables factores, por supuesto no todos verificables. La salud es un mundo.

La «alianza terapéutica» posee, entre otras, la virtud de recordar, por un lado, la pluridimensionalidad de la salud y, por otro, la importancia de no fraccionar o fragmentar al sujeto. Nunca como hoy ha sido tan necesario recuperar el centro (B. Haring); es decir, el carácter único y singular de la persona: por tanto, su dignidad y su historia. Pero también, nunca como hoy se ha desplegado en torno a la salud una alianza tan integradora de las diferentes dimensiones de la persona.

Entre ellas ocupa –debe ocupar– un lugar destacado la dimensión espiritual. En el fondo, de hecho, la salud (y la enfermedad, por supuesto) es una experiencia biográfica; biográfica porque implica no sólo al cuerpo, sino también la manera de vivirlo; porque reclama

libertad, porque depende del sentido de la vida, de creencias y valores, y va indisolublemente unida a un proyecto de vida: el de cada uno.

En torno al objetivo salud –el más común y consensado– la sociedad teje una red inmensa de recursos, una gran alianza que aúna esfuerzos y voluntades. Cuando las campanas de las religiones parecen tocar a crisis... Cada vez recobra más fuerza la convicción de que la salud humana está, en cambio, estrechamente ligada a la espiritualidad. No en vano salud y enfermedad son paradigma de la condición humana en su vertiente más propia, específica y profunda: su fragilidad radical y su deseo insaciable de plenitud.

El acompañamiento espiritual se sitúa en esa «longitud de onda». Quienes lo practican con humanidad y competencia, experimentan a diario que el Dios aliado y apasionado de la vida sigue ofreciendo su amor y su salvación también bajo la forma de la salud.